

Composición

Revista de filosofía habitable



Composición. Revista de filosofía habitable · Vol. 1, núm. 1 · 3 de abril de 2026

La inversión materialista integral del platonismo: pregunta madre, método y estatuto de la forma material objetiva

Jorge Santoveña Martín

Graduado en Filosofía, Política y Economía (Universidad Pontificia Comillas); Máster Universitario en Análisis Político (Universitat Oberta de Catalunya); Licenciado en Historia (Universidad de Oviedo) y en Sociología y Ciencias Políticas (UNED); profesor de Geografía e Historia de Educación Secundaria y Bachillerato.

Resumen

Este artículo expone el núcleo problemático y metodológico del Composicionismo como tentativa de reconstrucción sistemática de categorías platónicas en clave materialista. Se sostiene, en primer lugar, que la «pregunta madre» del sistema condensa una ambición filosófica inhabitual en el presente: pensar la objetividad formal sin recurrir a trascendencia, sin recaer en reduccionismo y sin abandonar la historicidad, la politicidad y la emergencia de las composiciones reales. En segundo lugar, se analiza la operación central del Composicionismo —conservar la función racional y destruir la trascendencia— como una inversión interna del platonismo y no como mera refutación externa. En tercer lugar, se examina el estatuto ontológico de la «forma material objetiva» y su conexión con las nociones de participación, teleología immanente y mundo común. Finalmente, se señalan algunas dificultades teóricas del sistema, especialmente en lo relativo a la objetividad, la normatividad y la articulación entre dialéctica y composición.

Palabras clave: Composicionismo; Platón; materialismo; forma material objetiva; inversión; ontología; teleología immanente.

Abstract

This article expounds the problematic and methodological core of Composicionismo as an attempt to systematically reconstruct Platonic categories in materialist terms. First, it argues that the system's «mother-question» condenses an unusual philosophical ambition in the present: to think formal objectivity without transcendence, without reductionism, and without abandoning historicity, political implantation, and emergent organization. Second, it analyzes the central operation of Composicionismo —preserving the rational function while destroying transcendence— as an internal inversion of Platonism rather than a merely external refutation. Third, it examines the ontological status of the «materially objective form» and its connection with participation, immanent teleology, and the common world. Finally, it identifies several theoretical difficulties concerning objectivity, normativity, and the relation between dialectic and composition.

Keywords: Composicionismo; Plato; materialism; materially objective form; inversion; ontology; immanent teleology.

1. Introducción

La filosofía contemporánea ha quedado con frecuencia atrapada entre dos impotencias simétricas. La primera consiste en la fragmentación analítica: el pensamiento gana precisión local, pero pierde fuerza arquitectónica. La segunda consiste en la sospecha general contra toda pretensión sistemática: allí donde no se acepta el orden trascendente, parece que tampoco pudiera sostenerse una ontología robusta, una antropología fuerte o una teoría material de la normatividad. El resultado ha sido, a menudo, una oscilación entre erudición sin construcción y crítica sin suelo. En ese contexto, el Composicionismo reaparece con una ambición deliberadamente mayor: recuperar una filosofía de sistema a partir de una inversión materialista integral del platonismo.¹

El punto de partida del Composicionismo no es una ruptura total con la tradición, sino una decisión de inversión: conservar la potencia racional del platonismo sin aceptar su soporte trascendente. El sistema define con precisión esa operación: no negar la necesidad de forma, medida, verdad, bien, justicia o alma, sino reinscribir esas categorías dentro del mundo, en la materia misma, en la historia, en los cuerpos, en las relaciones y en las polis. En lugar de Ideas separadas, «formas materiales objetivas»; en lugar de alma sustancial, «organización subjetiva producida»; en lugar de bien trascendente, «consistencia objetiva de una forma de vida»; en lugar de contemplación, «reconstrucción operatoria de estructuras reales».

La tesis de este artículo es que el interés filosófico del Composicionismo no reside primariamente en una nueva terminología, sino en una operación muy concreta: mostrar que las categorías centrales del platonismo solo siguen siendo racionalmente fecundas si se las desliga de toda trascendencia. Tal operación pretende escapar a una falsa alternativa muy arraigada en la filosofía contemporánea: o bien se mantienen las categorías fuertes al precio de una metafísica dualista; o bien se abandona la trascendencia al precio de disolver verdad, normatividad y estructura en historicidad pura, función pura o pluralismo sin criterio. El Composicionismo intenta abrir una tercera vía: forma sin cielo, objetividad sin separación, normatividad sin mandato exterior, política sin idealismo, materialismo sin reducción. Esa pretensión está concentrada en la llamada «pregunta madre» del sistema.²

2. La pregunta madre y el problema arquitectónico del sistema

La pregunta madre del Composicionismo está formulada en términos inequívocos: «¿Cómo pensar formas materiales objetivas que sean históricamente producidas, dialécticamente transformables, políticamente implantadas y emergentemente organizadas?». El texto insiste en que no se trata de una fórmula retórica, sino de la condición de posibilidad de una filosofía «materialista sin ser reduccionista, crítica sin ser trascendente, y habitable sin ser conformista».

La densidad filosófica de la pregunta proviene de la simultaneidad de sus exigencias. El sistema no renuncia a la forma; por tanto, no acepta que lo real sea puro flujo, dispersión o caos sensible. Pero tampoco acepta que la forma exija una región suprasensible. No renuncia a la objetividad; por tanto, no se contenta con relativismo histórico o constructivismo arbitrarista. Pero tampoco la concibe como un dato eterno exterior al mundo. No renuncia a la historicidad, a la dialécticidad, a la implantación política ni a la emergencia, pero rehúsa que estas dimensiones destruyan la inteligibilidad formal. La pregunta madre intenta, así, mantener juntas dimensiones que la tradición moderna y contemporánea ha tendido a escindir.

Dicho de otro modo: Platón quiso asegurar la objetividad de la forma separándola del mundo; ciertas corrientes materialistas quisieron asegurar la inmanencia del mundo reduciendo o debilitando la forma. El Composicionismo busca pensar la objetividad formal dentro de la materia, sin por ello naturalizarla en un sentido grosero ni deshistorizarla. El problema no es menor. Exige responder al menos a tres cuestiones: cómo puede haber forma sin trascendencia; cómo puede haber objetividad sin eternidad separada; y cómo puede haber normatividad sin salir de la materialidad.

El sistema sugiere que esa respuesta no puede construirse desde una sola tradición materialista. Por eso introduce una doble mediación metodológica: la tabla comparada de los cinco materialismos y la tabla de inversión. La primera permite ordenar las «canteras» de Marx, materialismo dialéctico clásico, Gustavo Bueno, Armesilla y Bunge; la segunda permite operar directamente sobre categorías platónicas conservando su función racional y destruyendo su soporte trascendente.

La idea de «canteras» es filosóficamente significativa. Implica que el Composicionismo no se presenta como derivación lineal de una escuela previa. De Marx toma producción y contradicción, pero no reduce lo real a economía y lucha de clases; del materialismo dialéctico clásico toma la contradicción como motor interno, pero rechaza su esquematismo genérico; de Bueno toma pluralidad y estratificación, pero elimina el Ego Trascendental; de Armesilla toma implantación estatal y geopolítica, pero se niega a absolutizar el Estado; de Bunge toma emergencia y niveles, pero se resiste a un sistemismo descriptivo sin normatividad. Así entendida,

¹ La denominación «inversión materialista integral» precisa las tres dimensiones del gesto. Es materialista porque reinscribe las categorías en la materia histórica, política y corporalmente organizada, sin duplicar el mundo en dos planos ontológicos. Es integral porque no opera sobre una sola categoría platónica sino sobre el conjunto: Idea, alma, bien, verdad, caverna, polis, eros, paideia. Es inversión y no refutación porque preserva la función racional de cada categoría en lugar de suprimirla. Este triple carácter distingue el Composicionismo tanto del materialismo reductivo —que niega la forma— como del neo-platonismo laicizado —que conserva la trascendencia bajo otra terminología.

² La pregunta madre del Composicionismo condensa cuatro exigencias que la tradición filosófica ha tendido a tratar por separado. La exigencia de historicidad radical: ninguna forma está dada de una vez, toda composición es producida y transformable. La exigencia de dialécticidad: las formas se constituyen en tensión y contradicción, no en armonía preestablecida. La exigencia de implantación política: toda forma existe en una polis concreta y es inseparable de las relaciones de poder que la sostienen o la capturan. La exigencia de emergencia organizada: los niveles superiores de la realidad no se reducen a los inferiores. Lo que hace a la pregunta madre filosóficamente significativa es que reclama las cuatro exigencias simultáneamente, sin sacrificar ninguna a las demás.

la pregunta madre no es solo una pregunta ontológica. Es el dispositivo que organiza la totalidad del sistema y que explica por qué el Composicionismo no quiere ser ni un comentario erudito sobre Platón ni un materialismo más en la serie moderna.³

3. La operación central: inversión interna y no refutación externa

La fórmula metódica del Composicionismo está dicha sin ambigüedad: «conservar la función racional, destruir la trascendencia». El sistema añade algo decisivo: no procede «por refutación externa ni por eclecticismo», sino por «inversión interna».⁴

La importancia de esta tesis es considerable. La crítica externa del platonismo suele incurrir en uno de dos errores. El primero es positivista: tratar las categorías platónicas como supersticiones conceptuales completamente prescindibles. El segundo es historicista: reducirlas a expresiones de una coyuntura cultural irreplicable. El Composicionismo rechaza ambos caminos porque considera que Platón entendió algo irrenunciable: que sin forma, verdad, bien, justicia, paideia, polis y eros no se piensa ni la estructura del mundo ni la orientación de la vida humana. El problema no es, pues, la existencia de esas categorías, sino su fijación trascendente. Platón habría acertado en la función y errado en el soporte.

El sistema describe la inversión en cuatro pasos: identificar la función racional de la categoría, identificar el momento idealista, destruir el soporte trascendente y reinscribir la categoría en la materialidad, la historia, la polis, el cuerpo, la técnica o la ecología. Entre sus ejemplos paradigmáticos figuran estos: la Idea deja de ser esencia separada y pasa a ser forma material objetiva; el alma deja de ser sustancia espiritual y pasa a ser organización subjetiva producida; el bien deja de ser Idea suprema y pasa a ser consistencia objetiva; la verdad deja de ser contemplación y pasa a ser reconstrucción operatoria; la caverna deja de ser prisión del mundo sensible y pasa a ser régimen material de producción de apariencia; la polis deja de ser imagen de la Idea de justicia y pasa a ser totalidad material que produce almas y formas de vida.⁵

Filosóficamente, esta operación tiene al menos tres consecuencias. La primera es que rompe con una lectura destructiva del materialismo. El materialismo no aparece aquí como desfundamiento general de toda categoría fuerte, sino como reinscripción. El gesto no es meramente negativo. La segunda es que altera el estatuto de la crítica. Criticar una categoría no significa suprimirla, sino distinguir entre su función y la forma metafísica en que fue históricamente fijada. La tercera es que convierte el Composicionismo en una filosofía sistemática de la transformación conceptual. No se limita a producir doctrinas sobre ciertos objetos; propone una regla general de trabajo sobre la tradición.

Aquí aparece ya una primera dificultad teórica. Si toda categoría fuerte es preservable por inversión, ¿cómo se evita que el método se vuelva demasiado absorbente? El riesgo sería que el sistema terminase por integrar cualquier contenido siempre que pudiera traducirlo a «composición». Esta objeción no invalida la operación, pero obliga a exigirle un criterio de límite. La pregunta no es menor: ¿qué categorías pueden ser realmente reinscritas y cuáles dependen tan esencialmente de la trascendencia que su conservación sería ficticia? El Composicionismo gana mucho al formular su método con claridad, pero esa claridad lo obliga también a una disciplina de prueba más estricta.

4. Forma material objetiva: entre Platón, Bueno y Bunge

La categoría decisiva del sistema es la de forma material objetiva. El sistema la presenta como la inversión de la Idea platónica: «si la Idea queda separada del mundo, el platonismo permanece idealista; si la Idea se reinscribe en la materia misma, el Composicionismo se hace posible».⁶

Hay aquí un doble movimiento. Por un lado, el sistema reconoce el núcleo racional de la Idea: Platón habría comprendido que el mundo no puede pensarse adecuadamente como puro devenir amorfo, porque hay estructura, medida e inteligibilidad. La Idea cumple esa función. Por otro lado, el Composicionismo niega que tal función exija un plano suprasensible. La forma material objetiva es, precisamente, la estructura real de composición, medida e inteligibilidad inscrita en el mundo mismo. No está «arriba» ni «fuera»; emerge de la propia organización material. La forma surge cuando la materia se organiza en niveles suficientes; no informa desde fuera una materia pasiva; es resultado de la composición interna de la materia.

Esta tesis no debe confundirse ni con un empirismo bruto ni con un emergentismo meramente descriptivo. Aquí entra la mediación de Bunge. Del sistemismo bungeano, el Composicionismo toma la idea de estratificación y emergencia: los niveles superiores no se reducen al inferior y poseen propiedades nuevas. Pero se distancia de Bunge porque considera insuficiente una descripción de sistemas sin normatividad ni politicidad. Del mismo modo, la proximidad con Gustavo Bueno se da en la afirmación de pluralidad y estratificación de lo material, pero el sistema rechaza la permanencia de un Ego Trascendental y de géneros ontológicos tratados como sustancias separadas.

Se podría decir, por tanto, que la forma material objetiva está situada en un cruce inestable pero fecundo: platónica por la exigencia de forma y objetividad; buenista por la pluralidad y la estratificación; bungeana por la emergencia; anti-platónica por la inmanencia; anti-bungeana por la normatividad; anti-buenista por la eliminación del residuo trascendental.

La ganancia principal de esta categoría es triple. Primero, impide que la crítica a la trascendencia desemboque en disolución de la estructura. Segundo, impide que la defensa de la estructura desemboque en dualismo. Tercero, proporciona una base para la normatividad inmanente: si hay formas materiales objetivas, puede haber también composiciones mejores o peores, más o menos consistentes. Su dificultad, sin embargo, es precisa: necesita mostrar con máximo rigor en qué consiste esa objetividad. El sistema afirma que la forma es real, repetible, actualizable e inmanente. Pero, en la medida en que también es histórica, producida, transformable e implantada, se vuelve imprescindible especificar qué distingue una objetividad formal de una mera sedimentación histórica relativamente estabilizada. Esta exigencia no destruye la categoría; simplemente la obliga a un mayor refinamiento.

5. Participación como actualización singular

La inversión de la Idea no basta. Si el platonismo necesitó la methexis para pensar la relación entre lo universal y lo singular, una ontología composicionista debe ofrecer una solución análoga en términos inmanentes. El sistema lo hace definiendo la participación como actualización singular.⁷

La fórmula es conceptualmente fuerte. La participación deja de ser un vínculo misterioso entre dos planos ontológicos y pasa a designar la realización efectiva de una forma material objetiva en una composición concreta. Lo universal no está fuera de las cosas; se actualiza en ellas. No hay «participación imperfecta» porque no hay modelo separado; no hay distancia ontológica entre un original celeste y sus copias sensibles; no hay degradación esencial de la singularidad. El ejemplo del triángulo y el de la justicia sirven para mostrar ese punto: cada triángulo actualiza la forma «triángulo» en la medida en que cumple su estructura; cada polis actualiza la forma «justicia» en la medida en que logra una composición no destructiva de partes y todo.

La fuerza filosófica de esta inversión consiste en que evita dos reducciones simétricas: la idealista y la nominalista. No hay universal separado, pero tampoco hay simple colección de particulares sin estructura común. La forma es repetible y actualizable; la singularidad no la degrada, la realiza.

Esta teoría de la actualización singular es, además, una pieza decisiva para todo el edificio. Permite pensar el alma como actualización singular de formas subjetivas materiales, la verdad como actualización operatoria de estructuras reales, el bien como actualización de consistencia objetiva en una vida concreta y la polis como actualización histórica de formas colectivas.

³ La noción de «canteras» implica que ninguna de las cinco tradiciones funciona como fundamento del sistema. Marx no legitima el Composicionismo ni Bueno lo funda: ambos son explotados allí donde aportan algo irrenunciable y abandonados donde introducen límites inaceptables. Esta actitud instrumental respecto a las propias fuentes distingue el Composicionismo de los epigonismos: no deriva de ninguna escuela reconocida, y por eso no puede legitimarse por su pertenencia a ella. Su única legitimación es la fuerza de su propia construcción.

⁴ La distinción entre inversión interna y refutación externa tiene precedentes en la historia de la filosofía. El propio Marx declaró haber invertido a Hegel «poniéndolo sobre sus pies»: conservando el motor dialéctico y destruyendo el soporte idealista. El Composicionismo aplica una operación análoga sobre Platón, pero la radicaliza: no solo invierte la jerarquía entre materia e Idea sino el conjunto de las categorías que articulan la filosofía platónica. La diferencia respecto a Marx es que el Composicionismo no reduce el resultado de la inversión al ámbito económico-político sino que aspira a una ontología de las formas materiales que cubra todos los niveles de lo real.

⁵ La tabla de inversión no es un recurso didáctico sino el esqueleto metodológico del sistema. Cada par de términos —Idea / forma material objetiva, alma / organización subjetiva producida, bien / consistencia objetiva, verdad / reconstrucción operatoria, caverna / régimen material de apariencia, polis / totalidad productora de subjetividad— formula una tarea filosófica precisa: mostrar que la función racional del término platónico puede cumplirse sin el soporte trascendente. El valor de la tabla reside en que hace visible el trabajo que queda por hacer: cada par es un programa de investigación, no un resultado.

⁶ La forma material objetiva debe distinguirse de dos nociones con las que puede confundirse. No es una esencia natural en sentido aristotélico: no está inscrita en la cosa como principio fijo e intemporal de su ser. Es históricamente producida y dialécticamente transformable. Tampoco es una mera sedimentación histórica estabilizada: tiene objetividad propia que no depende de si los sujetos la reconocen o la ignoran. La objetividad de la forma material es del mismo tipo que la objetividad de una estructura biológica o de una institución política: real, cognoscible, resistente a las operaciones y, sin embargo, producida históricamente y sometida a transformación dialéctica.

⁷ La participación como actualización singular resuelve el problema que arruinaba la methexis platónica: la duplicación ontológica. En Platón, participar significa recibir algo de un modelo separado que permanece externo al participante. En el Composicionismo, actualizar significa realizar la estructura de la forma en una composición concreta sin que esa realización dependa de ningún original celeste. La singularidad no degrada la forma: la realiza. Y la forma no se agota en ninguna actualización singular porque es estructura repetible en composiciones distintas, no instancia única ni entidad separada.

Con todo, aquí vuelve a aparecer una pregunta exigente: ¿toda actualización singular de una forma cuenta igualmente como realización plena, o hay grados intrínsecos de actualización? El sistema tiende a rechazar la noción de copia imperfecta, y con razón; pero para una teoría normativa de la justicia o de la vida buena parece necesario distinguir entre actualizaciones más o menos logradas. Quizá la respuesta esté en la noción de consistencia, pero entonces el sistema debe mostrar con más precisión cómo se articulan actualización y grado de consistencia.

6. Teleología inmanente y normatividad material

Uno de los puntos más delicados del sistema es su teoría de la teleología. Aquí el Composicionismo intenta conservar otra función racional del platonismo: la idea de que lo real no es puro azar ni pura indiferencia, sino que contiene direcciones internas hacia mayor o menor orden, armonía o consistencia. El problema es cómo mantener esa direccionalidad sin recaer en una teleología fuerte fundada en un Bien separado.⁸

La respuesta composicionista es la teleología inmanente. No hay fines trascendentes inscritos desde fuera, ni providencia, ni destino, ni garantía metafísica del orden. Sí hay, en cambio, direcciones reales de composición, degradación, estabilización y colapso que brotan de la estructura misma de las formas materiales. El sistema insiste en que esas direcciones son débiles e históricamente vulnerables: pueden desviarse, bloquearse, revertirse o destruirse. Un alma, una polis, un vínculo amoroso o un ecosistema tienden a mayor consistencia cuando logran sostener la composición sin captura parcial; tienden a descomposición cuando una parte absolutiza su lugar.

Aquí se juega el paso de la ontología a la normatividad. El bien deja de ser un fin impuesto desde fuera y pasa a ser la dirección inmanente de las composiciones cuando se sostienen sin autodestruirse ni destruir el todo común. El sistema formula incluso una consecuencia general: la normatividad no proviene de un mandato exterior, sino de las propias condiciones de consistencia de las composiciones.

Esta tesis tiene una ventaja considerable: permite pensar una ética material sin caer ni en mandato trascendente ni en decisión puramente subjetiva. Pero es, quizá, el punto más vulnerable del sistema. La dificultad es clásica: del hecho de que una composición sea más estable o consistente no se sigue automáticamente que deba ser preferida, al menos no sin mediaciones adicionales. El Composicionismo intentará responder que la consistencia no es mera estabilidad mecánica, sino sostenibilidad verdadera y no destructiva de una forma de vida en el mundo común. Esa respuesta es prometedora. Sin embargo, cuanto más quiera el sistema sostener una normatividad fuerte, más tendrá que afinar el concepto de consistencia para impedir que toda estabilidad fáctica sea interpretada como valor.

7. Marx, Bueno, Bunge y Armesilla: mediaciones, no autoridades

Uno de los rasgos más interesantes del Composicionismo es su negativa a presentarse como simple derivación. El sistema insiste en que las cinco canteras no son influencias que se suman, sino herramientas diferenciales que corrigen sus insuficiencias mutuas.⁹

De Marx toma la centralidad de la producción y la contradicción, pero rechaza que la historia se agote en economía y lucha de clases. De Engels, Lenin y la dialéctica clásica toma el valor de la contradicción como motor, pero se distancia de toda fórmula rígida y universalizante. De Gustavo Bueno toma la exigencia de pluralidad material y estratificación, pero rechaza mantener el Ego Trascendental. De Bunge toma la emergencia y el lenguaje de niveles, pero no acepta una descripción técnica carente de normatividad y dimensión política. De Armesilla toma la implantación estatal y geopolítica como dimensión constitutiva del poder y de la polis, aunque le reprocha reducir en exceso el centro del sistema al Estado.

La mención de Armesilla es especialmente importante porque aclara algo que de otro modo podría quedar borroso: el Composicionismo no quiere una ontología material puramente cosmológica o antropológica, sino una filosofía que incluya desde el inicio la implantación territorial, estatal y geopolítica de las formas políticas. En ese sentido, la polis no puede ser tratada como una mera comunidad ética ideal ni como una suma contractual de individuos, sino como totalidad material productora de subjetividad y deseo. El aporte de Armesilla funciona aquí como correctivo contra cualquier recaída en una filosofía de la polis demasiado abstracta. A la vez, el sistema marca distancia con cada una de sus canteras. Y ese gesto es correcto. Si el Composicionismo quiere ser algo más que una síntesis agregativa, debe tratar esas fuentes como mediaciones parciales y no como instancias de legitimación automática. La verdadera cuestión no es si toma algo de Marx o de Bunge, sino si su propia operación arquitectónica logra obligar a esas canteras a rendir en una construcción nueva.

8. Dificultades internas del sistema

Cuanto más fuerte es una propuesta, más necesario es formular con precisión sus dificultades internas. En el caso del Composicionismo, al menos cuatro parecen decisivas.

La primera es la ya mencionada cuestión de la objetividad. El sistema afirma formas materiales objetivas, pero también historicidad, producción, implantación y transformación dialéctica. La dificultad consiste en evitar simultáneamente el esencialismo congelado y el historicismo blando.

La segunda es la relación entre dialéctica y composición. El sistema otorga a la contradicción un papel relevante, pero la categoría arquitectónica dominante parece ser la composición. Queda por precisar si la composición absorbe a la dialéctica, si la dialéctica es la dinámica interna de la composición o si ambas nombran planos distintos del sistema.

La tercera es la cuestión de la normatividad. Identificar bien con consistencia objetiva y justicia con composición no destructiva es una decisión filosóficamente potente, pero obliga a demostrar con rigor por qué la consistencia tiene fuerza normativa y no solo descriptiva.

La cuarta es el problema del cierre del sistema. Si el método de inversión puede aplicarse a toda categoría fuerte, existe el riesgo de que el Composicionismo tienda a confirmarse a sí mismo en cada operación. La forma de evitar esa clausura no consiste en debilitar el sistema, sino en exigirle lugares reales de prueba: casos en que la inversión no sea simplemente exitosa por definición, sino efectivamente demostrada en el objeto.

Estas dificultades no rebajan la ambición del proyecto. La vuelven filosóficamente seria.

Conclusión

El Composicionismo formula una tentativa rara en el presente: reconstruir con pretensión sistemática la posibilidad de una filosofía materialista fuerte sin abandonar forma, objetividad, normatividad, eros, polis, verdad y felicidad. Su originalidad no consiste en haber descubierto problemas enteramente inéditos, sino en la operación mediante la cual intenta recomponerlos: una inversión materialista integral del platonismo que preserva la función racional de las categorías clásicas y destruye su soporte trascendente. Esa operación está formulada con claridad en la pregunta madre, en el método de inversión y en la noción de forma material objetiva.

Si la propuesta resulta fecunda, lo será por una razón precisa: porque reabre el problema de la forma en condiciones no idealistas y el de la normatividad en condiciones no trascendentes. Si fracasa, lo hará probablemente en alguno de sus puntos más exigentes: la objetividad, la normatividad o la relación entre composición y dialéctica. Pero incluso ese posible fracaso sería filosóficamente productivo, porque habría obligado a devolver al centro del debate cuestiones que demasiadas veces han sido sustituidas por análisis menores o por críticas desfondadas.

En todo caso, el Composicionismo merece ser tomado en serio allí donde más se arriesga: en la pretensión de pensar el mundo común no como simple escenario de hechos, ni como ilusión a abandonar, sino como entramado de composiciones materiales cuya verdad y cuya habitabilidad siguen siendo problemas filosóficos de primer orden. Esta tarea adquiere ahora una radicalidad mayor con el reconocimiento de que la *symploké* material es finita y estructuralmente exhaustible. Toda composición, toda forma y toda normatividad se despliegan dentro de un entramado que tiene un horizonte real de agotamiento. Esta finitud ontológica no relativiza el proyecto; lo vuelve más exigente, más sobrio y más urgente.

Notas

¹ La denominación «inversión materialista integral» precisa las tres dimensiones del gesto. Es materialista porque reinscribe las categorías en la materia histórica, política y corporalmente organizada, sin duplicar el mundo en dos planos ontológicos. Es integral porque no opera sobre una sola categoría platónica sino sobre el conjunto: Idea, alma, bien, verdad, caverna, polis, eros, paideia. Es inversión y no refutación porque preserva la función racional de cada categoría en lugar de suprimirla. Este triple

⁸ La teleología inmanente es el punto de mayor tensión interna del sistema y el que más objeciones puede recibir de lectores formados en tradiciones anti-teleológicas. La respuesta composicionista a la objeción estándar —que del hecho de que algo sea más estable no se sigue que deba ser preferido— es que la consistencia no es mera estabilidad mecánica. Una composición consistente no es la que simplemente dura, sino la que se sostiene sin autodestruirse ni destruir las condiciones de posibilidad de otras composiciones con las que coexiste. Esa precisión no resuelve el problema del paso entre ontología y normatividad, pero lo reformula en términos que hacen la objeción menos devastadora: no es que la estabilidad sea buena por ser estabilidad, sino que la no-destrucción del todo común tiene fuerza normativa porque su ausencia es autocontradicción material.

carácter distingue el Compositonismo tanto del materialismo reductivo —que niega la forma— como del neo-platonismo laicizado —que conserva la trascendencia bajo otra terminología.

2 La pregunta madre del Compositonismo condensa cuatro exigencias que la tradición filosófica ha tendido a tratar por separado. La exigencia de historicidad radical: ninguna forma está dada de una vez, toda composición es producida y transformable. La exigencia de dialécticidad: las formas se constituyen en tensión y contradicción, no en armonía preestablecida. La exigencia de implantación política: toda forma existe en una polis concreta y es inseparable de las relaciones de poder que la sostienen o la capturan. La exigencia de emergencia organizada: los niveles superiores de la realidad no se reducen a los inferiores. Lo que hace a la pregunta madre filosóficamente significativa es que reclama las cuatro exigencias simultáneamente, sin sacrificar ninguna a las demás.

3 La distinción entre inversión interna y refutación externa tiene precedentes en la historia de la filosofía. El propio Marx declaró haber invertido a Hegel «poniéndolo sobre sus pies»: conservando el motor dialéctico y destruyendo el soporte idealista. El Compositonismo aplica una operación análoga sobre Platón, pero la radicaliza: no solo invierte la jerarquía entre materia e Idea sino el conjunto de las categorías que articulan la filosofía platónica. La diferencia respecto a Marx es que el Compositonismo no reduce el resultado de la inversión al ámbito económico-político sino que aspira a una ontología de las formas materiales que cubra todos los niveles de lo real.

4 La tabla de inversión no es un recurso didáctico sino el esqueleto metodológico del sistema. Cada par de términos —Idea / forma material objetiva, alma / organización subjetiva producida, bien / consistencia objetiva, verdad / reconstrucción operatoria, caverna / régimen material de apariencia, polis / totalidad productora de subjetividad— formula una tarea filosófica precisa: mostrar que la función racional del término platónico puede cumplirse sin el soporte trascendente. El valor de la tabla reside en que hace visible el trabajo que queda por hacer: cada par es un programa de investigación, no un resultado.

5 La noción de «canteras» implica que ninguna de las cinco tradiciones funciona como fundamento del sistema. Marx no legitima el Compositonismo ni Bueno lo funda: ambos son explotados allí donde aportan algo irrenunciable y abandonados donde introducen límites inaceptables. Esta actitud instrumental respecto a las propias fuentes distingue el Compositonismo de los epigonismos: no deriva de ninguna escuela reconocida, y por eso no puede legitimarse por su pertenencia a ella. Su única legitimación es la fuerza de su propia construcción.

6 La forma material objetiva debe distinguirse de dos nociones con las que puede confundirse. No es una esencia natural en sentido aristotélico: no está inscrita en la cosa como principio fijo e intemporal de su ser. Es históricamente producida y dialécticamente transformable. Tampoco es una mera sedimentación histórica estabilizada: tiene objetividad propia que no depende de si los sujetos la reconocen o la ignoran. La objetividad de la forma material es del mismo tipo que la objetividad de una estructura biológica o de una institución política: real, cognoscible, resistente a las operaciones y, sin embargo, producida históricamente y sometida a transformación dialéctica.

7 La participación como actualización singular resuelve el problema que arruinaba la methexis platónica: la duplicación ontológica. En Platón, participar significa recibir algo de un modelo separado que permanece externo al participante. En el Compositonismo, actualizar significa realizar la estructura de la forma en una composición concreta sin que esa realización dependa de ningún original celeste. La singularidad no degrada la forma: la realiza. Y la forma no se agota en ninguna actualización singular porque es estructura repetible en composiciones distintas, no instancia única ni entidad separada.

8 La teleología immanente es el punto de mayor tensión interna del sistema y el que más objeciones puede recibir de lectores formados en tradiciones anti-teleológicas. La respuesta compositonista a la objeción estándar —que del hecho de que algo sea más estable no se sigue que deba ser preferido— es que la consistencia no es mera estabilidad mecánica. Una composición consistente no es la que simplemente dura, sino la que se sostiene sin autodestruirse ni destruir las condiciones de posibilidad de otras composiciones con las que coexiste. Esa precisión no resuelve el problema del paso entre ontología y normatividad, pero lo reformula en términos que hacen la objeción menos devastadora: no es que la estabilidad sea buena por ser estabilidad, sino que la no-destrucción del todo común tiene fuerza normativa porque su ausencia es autocontradicción material.

Bibliografía

- Armesilla, Santiago. *La vuelta del revés de Marx: El materialismo político entretejiendo a Karl Marx y Gustavo Bueno*. Barcelona: El Viejo Topo, 2020.
- Bueno, Gustavo. *Ensayos materialistas*. Madrid: Taurus, 1972.
- Bunge, Mario. *Treatise on Basic Philosophy*. 8 vols. Dordrecht: D. Reidel Publishing Company, 1974–1989.
- Engels, Friedrich. *Dialéctica de la naturaleza*. Barcelona: Grijalbo, 1979.
- Lenin, V. I. *Cuadernos filosóficos*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 1974.
- Lukács, György. *Historia y conciencia de clase*. Traducido por Manuel Sacristán. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 2021.
- Marx, Karl. *El capital. Obra completa*. Edición de Pedro Scaron. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 2017.
- Platón. *El banquete*. Traducción de Marcos Martínez Hernández. Madrid: Gredos, 2014.
- Platón. *Fedro*. Traducción de Emilio Lledó Íñigo. Madrid: Gredos, 2014.
- Platón. *Diálogos IV. República*. Traducción de Conrado Eggers Lan. Madrid: Gredos, 2020.
- Platón. *Timeo*. Traducción de J. Calonge. Madrid: Gredos, 1981.
- Santoveña Martín, Jorge. *Compositonismo: Inversión materialista integral del platonismo*. Manuscrito inédito.